

JOSÉ LUIS VEGA

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO, RÍO PIEDRAS  
ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

PRESENTACIÓN DEL LIBRO  
*TRAVESÍA Y OTROS POEMAS* (2022)  
DE JOSÉ LUIS VEGA

5 de marzo de 2024

BITÁCORA DE LECTURA

Voy a infringir una regla de oro, la que advierte que un poeta no debe hablar de sus propios versos. Contrario a la costumbre de delegar en otro (el editor, el amigo, el crítico) la presentación del libro recién publicado, en esta ocasión el propio Autor asumirá la responsabilidad.

Hablaré, no tanto del libro que escribí y publiqué, sino del que hubiera querido poder escribir y publicar. Seguramente muchos autores, si no todos, comparten el mismo desaliento frente a lo deseado y lo logrado. Lo deseado hubiera sido quizás componer un poema largo y orgánico, al modo de *Waste Land* de T.S. Elliot; lo logrado, en cambio, fue comprobar que Edgar Allan Poe tenía razón cuando afirmó que un poema largo no es sino una sucesión de poemas cortos. Aldo Mazzuchelli, refiriéndose a ese monumento fallido que es la obra de Ezra Pound, dijo:

Los fragmentos que componen su eternamente en movimiento y frágilmente monumental obra son 'un roto manojo de espejos'. Todo el tiempo están esbozándose y disolviéndose en ella, como reflejos de luces que se ven

un momento y luego no se mantienen, antiguos textos, estilos perdidos que se intenta resucitar, alusiones a otras obras, a actitudes humanas, a personajes históricos o ignotos... demostraciones hechas a medias y que luego no se retoman nunca.

Si esa es la suerte de los gigantes, ¿qué podrá esperarse de «un oscuro poeta de una isla invisible»?

Para atenuar la inevitable dispersión de la escritura y los excesos de la interpretación, he escrito estas palabras que solo pretenden compartir con el posible lector el rumbo y las maniobras de la composición de *Travesía*, desde la perspectiva del Autor. Tengo a bordo al admirado actor, lexicógrafo y creador Freddy Acevedo quien generosamente ha accedido a leer algunos versos a manera de ilustración y, de paso, a recordarnos con su intervención que lo que realmente importa es la poesía en sí, y no lo que sobre ella se comente, aun cuando lo haga el propio autor.

*Travesía y otros poemas* apareció en la colección La Cruz del Sur de la Editorial Pre-Textos, a finales de 2023. La portada está embellecida con una viñeta del artista puertorriqueño Rafael Trelles que representa una brújula en la palma de la mano, la mano de escribir quizás, pero también la mano donde, según los quirománticos, la vida traza sus mapas. El artista intuyó correctamente que el libro trata de una travesía interior por un mundo personal y arquetípico.

El poema está dividido en cuatro secciones tituladas «Travesía», «Memoria de Lisboa»; «Romance de la Musa y el Poeta» y «Memoria de los sueños». Está presidido por un Prefacio y lo remata un Epígrafe. Contiene, además, 28 notas de autor que revelan la procedencia de algunas ideas y las fuentes de algunas interpolaciones.

A lo largo del poema irrumpen, sin mayor aviso, voces, ecos, reescrituras de textos ajenos y propios e imágenes pictóricas. Intervienen, entre otros, poetas olvidados o desconocidos como el puertorriqueño Joaquín Monteagudo, que vivió anclado con los siete mares en el bolsillo y cuyo poema «La mirada de los capitanes marinos» alegró mi juventud; pero también Lord Tennyson, Wyslava Symborska, Homero, Dante, Pessoa, Juan Antonio Corretjer, Luis Palés Matos, Anna Ajmátova, Luis Llorens Torres, Joseph Brodsky, Vallejo, Rimbaud, Baudelaire, Juan Ramón Jiménez, coros de plenas puertorriqueñas, imágenes de Joaquín Patinir y Salvador Dalí, y un pasaje del *Bardo Todol* o *Libro tibetano de los muertos*. He querido anotar estas irrupciones, para subrayar, una vez más, que la Poesía, como lo reconoció Saint John Pearse, el primer antillano en recibir el premio Nobel, es una sola y gigante estrofa viviente, una sola ola sonora —añado— que teje al presente todo lo pasado y todo lo por venir, fusiona lo humano con lo sobrehumano y todo el espacio planetario con el universal.

El Prefacio, como suele ocurrir, fue el último texto que escribí. Quizás por eso está recargado de referencias culturales, a manera de suma retrospectiva de ciertas resonancias. Después de compuesto el poema llegaron hasta mí ecos de voces afines: la de los capitanes marinos de Joaquín Monteagudo, la del Ulises decepcionado de Lord Tennyson, los rumores de la Utopía deshabitada de Wislawa Szymborska, y los anoté, no para consignar influencias, que no lo eran, sino confluencias. Pero en el Prefacio, además de estos alardes librescos, también se traza el derrotero fundamental del poema hacia las Islas Vivas de la Imaginación:

Los catalejos de los capitanes marinos  
están llenos de islas sustantivas.  
En sus mares de vidrio navega el velero de Tennyson  
y el trirreme de aquel que retorna a morir en el mar.  
No son las Islas Afortunadas  
en las que Hesíodo desembarcó  
ni las del rey de Portugal  
que tienen, pero no tienen lugar.  
Tampoco son las islas deshabitadas de la Obviedad.  
Son islas vivas. En las tabernas  
de sus aldeas cantan los muertos  
hasta el amanecer. Todo el mar  
que las rodea, el pez que salta,  
las hojas duras de los uveros,  
los roquedales, las valvas negras  
que alimentaron los principados  
de los albatros, el viento, el cielo,  
la luz entera que las sustenta  
son de materia inmaterial.

Hace muchos años que comencé a vislumbrar una isla en el mapa borroso de la intuición. Entonces escribí un poema que comenzaba con estos versos: *Hay una isla donde el poeta/ puede vivir con dignidad, / una isla opaca que a veces brilla/ en el mar del imaginar.* Pensaba entonces que era la isla simbólica de la poesía, la isla de oro que Rubén Darío pobló de centauros. Ahora pienso que aquella tierra opaca anunciaba otro viaje, el que emprendemos a las Islas Vivas de la Imaginación después de morir. La palabra «Imaginación» siempre aparece en el poema escrita con letra inicial mayúscula, pues se refiere, no a la actividad usual de la fantasía artística, sino a una facultad trascendente del alma que, según algunas tra-

diciones, manifiesta su plena potencia después de la muerte física y es capaz de crear las topografías (islas, mares, montañas, ciudades, todas reales, pero de materia inmaterial) que habitamos después de muertos. Los parajes y los seres que allí existen son una dimensión de nosotros mismos. Es decir, no es que después de muertos estemos en otro mundo, sino que ese otro mundo está en nosotros y se proyecta, gracias al poder trascendente de la Imaginación. Este es el curso que ha tomado aquella remota intuición y la certeza a la que hoy me adscribo.

La idea ha sido expuesta bella y prolijamente por Henri Corbin en sus trabajos sobre la función de la «imaginación creadora» en el misticismo iraní, particularmente para explicar la obra de Ibn 'Arabî. Corbin llama *mundus imaginális* a un plano de realidad situado entre el mundo físico o sensible y el mundo inteligible, el de las inteligencias arcangélicas. Se trata de un mundo intermedio, de raíz platónica, por supuesto, que guarda cierta semejanza con el «cielo» y el «infierno» descritos por Swedenborg y con los paisajes y seres que aparecen en otros relatos teosóficos sobre los espacios imaginarios que habitamos después de morir. Convendría remitir a la nota 5 del poema y escuchar al propio Henri Corbin:

... existe un mundo intermedio, el de las Ideas-Imágenes, las Figuras-Arquetipos, los cuerpos sutiles, la materia inmaterial; mundo tan real y objetivo, consistente y subsistente, como el mundo inteligible y el sensible, universo intermedio en el que lo espiritual toma cuerpo y el cuerpo se torna espiritual, constituido por una materia real y dotado de una extensión real, aunque en estado sutil e inmaterial respecto a la materia sensible y corruptible. El órgano de este universo es precisamente la Imaginación activa...

Mientras el místico y el fallecido tienen acceso directo a los lugares y a los habitantes del mundo constituido por la materia inmaterial, el poeta los vislumbra gracias a los favores de la Musa, el Sueño y la Imaginación.

*Travesía* también se nutre del relato mítico del eterno retorno de Ulises a Ítaca y a los brazos de Penélope, lo que es evidente desde el principio:

Acabo de cumplir la edad oscura  
y voy de vuelta a casa,  
una isla remota, aunque natal.  
*No. Pero no es Ítaca,*  
*este mar que nos ciñe y nos abraza*  
*es demasiado grande para un Ulises de Gramática.*  
Al dorso de las olas escuché  
el canto de la loca melodiosa,  
pero al mástil del hábito amarrado,  
taponados de abejas los oídos,  
no pude transcribir tanta belleza.  
Cuánto hubiera querido  
tener pluma fénix a la mano,  
de ganso cuando menos, y con ella,  
arrancarle un pedazo a la poesía.  
Cuánto hubiera querido ser el rey de altamar,  
y no este pasajero de aguas turbias  
que mira desde el *ferry* el descampado.  
Pero todo está escrito. A lo lejos,  
emerge, triste Vieques, un celaje de tierra repetida  
flotando en el sopor del domicilio.  
Contemplo los velajes de las nubes  
y me digo: ¡*Esta es toda tu historia:*

*zarpar y regresar, regresar y zarpar  
a la costa final, que se repite!  
¡Qué mar azul, qué cielo, qué calmazo!*

Ulises es una impostación de la voz del poeta, pero también representa al alma después de la muerte, es el navegante, el pasajero que todos llevamos dentro. Penélope es más compleja. Es una entidad proteica que se transmuta a lo largo del poema en Esposa, Musa y Madre, y encarna, además, los arquetipos de la Razón y la Imaginación. *Ella* es el pronombre del eterno femenino y es, además, el vientre oscuro del cual partimos y al cual regresaremos.

En el sexto fragmento de *Travesía* aparece una muchacha que, acodada sobre el alféizar de una ventana, mira al mar. Es, por supuesto, una referencia al óleo que Salvador Dalí tituló «La noia en la finestra». Pero en el poema la muchacha está embarazada de soledad y aguarda, no solo por el retorno de su Ulises, sino también por el regreso del Hijo que reencarnará en su vientre.

Vivir es navegar, vieja metáfora  
inscrita en las bitácoras  
de los remotos lobos de mar.  
Yo la repito, pero no basta la palabra,  
hay que zarpar entre dos muslos  
rumbo a las islas del resonar.  
En la más verde de todas,  
asomada sobre el alféizar  
de la ventana, una muchacha  
nos espera  
embarazada de soledad.  
Teje y desteje con la mirada  
las variaciones de un horizonte

que nunca cesa  
 porque presente que volveré.  
 Bastan los flujos de las mareas.  
 Basta la punta del bauprés.

La posibilidad de que la travesía sea de ida y vuelta, es decir, de muerte y reencarnación, se hace explícita en el fragmento noveno, que recrea un pasaje del *Libro tibetano de los muertos*, que tanto interesó a Carl Jung.

... un viento terrorífico me arrastró hasta las puertas de los úteros. Uno, entre los oscuros, tenía tenue luz de piso de segunda y un confort de pecera que invitaba. La vislumbé asomada a una ventana azul.  
 ¡No la mires, no te aferres a ella,  
*es lumbre de sirena,*  
*continúa tu viaje o nacerás!*

Pero me guarecí. Había restos de vidas anteriores y heliconias rosadas. Floté, medré, muté como en las aguas densas de los versos de Ovidio y al mes nueve nací bajo una estrella obtusa, de pobre resplandor. Vine a dar a estas tierras racionales, a estas islas incrédulas que no dan a la mar ni al horizonte, sino a los laberintos sublunares de otro mar interior.

Y heme aquí confinado a un nombre diluido. Pude haber sido otro: un alias, un ciempiés, un árbol mudo, un rey de la altamar. Pero soy lo que he sido. Ya veremos qué pasa cuando muera otra vez.

Una «travesía», dice el diccionario, es un viaje por mar o por aire, pero también es un recorrido por tierra, que puede hacerse atravesando un terreno de un punto a otro o mero-

deando las callejuelas de una ciudad. En la segunda parte del poema, titulada «Memoria de Lisboa», la travesía se convierte, precisamente, en un merodeo por las calles de esa ciudad, que, según la leyenda, fue fundada por Ulises. Ulissipo es el nombre mitológico de Lisboa. En el Canto XXVI del *Inferno*, a donde Dante lo confinó por embaucador, Ulises habla de la ruta marítima que tal vez lo condujo al remoto enclave donde se levantaría la ciudad.

Cuando de Circe hui,  
 que me tuvo en sus brazos más de un año,  
 me lancé al mar ansioso  
 con un solo navío y pocos hombres,  
 no de vuelta al amor,  
 sino rumbo a las olas de la Totalidad.  
 Vi las tierras de España, de Marruecos,  
 a Sardos y otras islas  
 que el mar baña en su entorno,  
 vi a Sevilla y a Ceuta pasar a cada lado  
 y en la costa del sueño, la más alta,  
 donde el Tajo cansado desemboca,  
 fundé, aunque sonora, la Ciudad.  
 El mar después cayó sobre nosotros.

Por las calles imaginarias de esa ciudad deambulan, en un eterno 1935, Fernando Pessoa y Luis Palés Matos. También deambula por ellas el Autor del poema que tiene la certeza sincrónica de haber habitado la ciudad en una existencia anterior. Ya había aventurado esta idea en un poema que titulé «Lisboa/San Juan 1935», escrito a raíz de la lectura de *La muerte de Ricardo Reis*, de José Saramago. He refundido en *Travesía* algunos de los versos de aquel poema.

Un vapor de humo quieto  
 se aproxima a San Juan.  
 Alguien, asomado a la borda,  
 ve a Lisboa surgir de turbia espuma.  
 A esta hora, este día,  
 una fuerza remota acerca las ciudades.  
 No es tristeza o nostalgia,  
 es algo desnombrado  
 que desencaja el tiempo del espacio.  
 Certeza de que un canto, un adoquín,  
 una piedra cualquiera,  
 vale todas las piedras.  
 O que todos los ríos son el Tajo  
 y todas las ciudades, la Ciudad.

\*\*\*

... Reparemos ahora en los viandantes,  
 el diario bajo el brazo, lazos de pajarita,  
 los descalzos que tiran carretones  
 o en aquella de pulcra redecilla  
 que encamina sus pasos al deseo.  
 ¿Quién es tal que, vestido de negro,  
 gafas finas, sombrero hasta las cejas,  
 asciende, rodeado de tantos invisibles,  
 por la calle San Justo, y dice rua  
 impasible ante el sol?  
 ¿Quién esotro, corbata de mal gusto,  
 a cuadros la camisa y tufo a ron,  
 que por la Rua do Alecrim descende, y dice calle,  
 mal guardado a pesar del invernazo?  
 Los poetas, igual que las ciudades,

se contienen los unos a los otros,  
 son palabra, son lengua,  
 son vastos almacenes de sí mismos.  
 A nadie pues extrañe  
 que este oscuro viandante de Lisboa,  
 recién desembarcado  
 en la luz empinada de San Juan,  
 haya evocado el nombre de Odiseo.  
 Y aquel, prendido a sus nostalgias y quimeras,  
 en Guayama, en San Juan, en la Quimbamba,  
 al figurar su Ofelia en las Antillas,  
 se haya sentido luso y habitado.

Comprendí el sentido de la epifanía varios años después,  
 durante mi primera visita a Lisboa. Comprobé entonces que  
 la Rua do Alecrim y la calle San Justo del viejo San Juan  
 conforman en mi espíritu una sinécdoque. Ambas calles se  
 derraman, una en su estuario, otra en su bahía, desde lo alto  
 de sus ciudades respectivas, como navíos botados al mar por  
 la sorpresa, cada cual con su poeta a bordo. Tuve la misma  
 impresión en alguna calle de Valparaíso, ciudad también au-  
 pada en su colina frente al mar y me sobrecoge la oscura  
 sensación de haberla tenido también en Éfeso, hace miles de  
 años, cuando el mar aún no se había retirado de su puerto.  
 Desde entonces Lisboa y San Juan se fusionan en mí como  
 una misma reminiscencia en la que Fernando Pessoa siempre  
 aparece.

Cuando vengo a las calles de Lisboa  
 no vengo tras su sombra  
 pero algo familiar me sobrecoge:  
 la remota certeza de haber sido

trama de su delirio.  
Era él. Lo vi entre Plata  
y Doradores, reconocí su facha  
de poeta de culto,  
sombbrero, pajarita, terno oscuro,  
rodeado de invisibles que pasaban  
con rumbo a su palabra.  
Era él, criatura de Ulissipo.  
¿Pero quién era yo,  
acaso un bodeguero, un dorador,  
un mozo sin oficio  
ni apellido,  
un opaco amanuense  
entre papeles?  
¿Era yo una idea suya  
o esta mía, de hoy, que lo procura?  
¿Habré sido substancia  
de carne, hueso y alma,  
un nombre de verdad  
o solo un calco de la eternidad?  
La gloria y el deseo suyos son,  
sin embargo, las calles son de ambos,  
y es mío el callejero de la Imaginación.  
Fachadas rectilíneas,  
almacenes, olor a freidurías,  
aquel burdel de paso y el café  
penumbroso de la esquina  
donde alguno pregunta todavía  
*¿Qué habrá sido de él?*

\*\*\*

Esta Ciudad es todas las ciudades,  
 este Poeta es todos los poetas,  
 todos los viajes son el Viaje,  
 este es el mismo Mar.

La tercera sección de *Travesía*, titulada «Romance de la Musa y el Poeta», está dedicada a la entidad femenina que ha venido dictando el poema al oído del Poeta, en un acto de erótica eufonía. En la nota 23 el poeta ruso Joseph Brodsky abunda sobre la naturaleza lingüística de la Musa:

A lo que el poeta atiende realmente, lo que en realidad le dicta la siguiente línea, es el lenguaje... En cuanto a la Musa, ángel del lenguaje, más valdría que los biógrafos y el público la dejaran en paz y, en caso de no lograrlo, recordasen al menos que es mayor que cualquier amante o madre, y que su voz es más implacable que la lengua materna.

La relación erótica entre el Poeta y la Musa se hace patente en otro fragmento donde, además del Autor y Brodsky, hablan Homero y Anna Almájtova:

La Musa me desvela.  
*Es Ella quien te dicta las palabras.*  
 A las tres, casi en punto, se aparece  
 en el ángulo oscuro de la alcoba.  
 Es la hora del muerto.  
*Háblame, Musa, del varón de ingenio*  
*que anduvo errante por el mar.*  
 La escucho cuando llama  
 con nudillos azules a los párpados.  
*¿Qué valen los honores, la libertad incluso*

*cuando ella acude presta y toca el caramillo?*

Su rumor aflautado me levanta,  
me lleva hacia los árboles despiertos  
y en el claro de luna inevitable  
me desnuda. *Soy tuya*, —me repite—  
*amor que no se olvida,*  
*la muerte que has vivido te acompaña*  
*más allá de la vida.*

Y me habla, me habla, me habla  
en su lengua, que es todas las lenguas,  
hasta el alba.

En el segmento octavo, el Poeta revela las afinidades entre la Musa y la Imaginación, y a esta le suplica que lo acompañe en su travesía a las Islas Vivas del más allá: «¡Imago, ven conmigo, y trae tu carta de marear!». Echarse al mar bajo la advocación de la Imaginación supone el abandono de la Razón, diosa del reflejo agnóstico y amante que toda la vida le ha sido fiel al Poeta, como Penélope a Ulises, mientras teje y desteje los hilos de la argumentación. En el Epígrafe del poema, la muerte pone fin al matrimonio del Poeta con la Razón. Sobre la losa fría del sepulcro, los cuerpos de ambos constituyen una yacente pareja de piedra.

Tanto he dormido con la Razón,  
tanto he yacido junto a ella  
que ya somos un túmulo gemelo,  
dos amantes de piedra  
bajo la bóveda de la serenidad.

Apenas nueve giros tenía el cielo  
cuando la conocí.

La madre sensatez dijo a mi oído:  
*Es tuya*. Y amé su fuego exacto  
 y el arco frío de su pie de presa.  
 He besado, no niego, con ardor  
 su cálculo de mármol  
 y en la piel le tatué  
 promesa de epitafio que incumplí  
 por echarme a los brazos de la mar.

Cuántas veces, de vuelta a su regazo,  
 la encontré, firme el seno,  
 la orla en la cadera sustentada,  
 tejiendo y destejiendo  
 el oro fino de los argumentos.

Ninguna de las otras que su luz perdonó  
 –ni Circe, ni Calipso, ni Calídice –  
 engendraron más monstruos que su amor.  
 Ni el engaño, ni el parto, ni la guerra  
 la mudaron de mí.

¿Cómo decirle ahora  
 que estoy enamorado de la Imaginación?

La cuarta parte del poema, titulada «Memoria del sueño», presenta la dimensión onírica como un vislumbre, empobrecido y fugaz, aunque vislumbre al fin, del mundo imaginario, pero real, que habitaremos después de la muerte física. El sueño es el ensayo de la muerte. Tiene sus propios mares, sus propias islas, sus extrañas ciudades, sus propios habitantes, sus propios infiernos y paraísos. En sus momentos más afortunados el sueño nos anuncia las topografías del

país de la *tereteia*, el país de la maravilla que José Lezama Lima parece haber visitado en estos versos: «Allí se ven restos ilustres,/ cien cabezas, cornetas, mil funciones/ abren su cielo, su girasol callando,/ donde sin querer vuelven pisadas/ y suenan las voces de su centro henchido». *Travesía* no intenta surrealizar ni barroquizar el territorio del sueño al modo maravilloso de Lezama; se limita a aludir al estado insomne como preludio al sueño y la poesía, a los reinos fugaces de la ensoñación y al desaliento que sentimos al despertar.

Amanezco otra vez.  
 Busco en el agua un trozo de certeza,  
 un rostro, una sustancia,  
 un molusco adherido  
 a las tablas del puente que la espuma  
 derriba al despertar.  
 A esa rada de ruinas todos vamos  
 un instante de albor en la mañana.  
 Luego llega la sombra que amanece,  
 el zorzal canta, y el día, en su indolencia,  
 adopta el sobrenombre del Despierto.  
 El alma, siempre náufraga, se aferra  
 al leño de la vieja analogía  
 que a flote la mantiene imaginando  
 que todo cuanto existe se comporta  
 como el agua del mar.  
 Por eso vengo al puerto algunas tardes  
 a ver qué hay en la orilla,  
 si un lánguido zapato, si un pedazo roído  
 de navío, quizás una botella  
 con la nota de un mundo sublunar.

\*\*\*

«Era tan cierto todo  
que no quería volver».  
Apunté estos dos versos  
justo al amanecer;  
y no hubo más palabra,  
ni recuerdo, ni ser,  
nada de la obediente  
belleza que soñé.  
Solo un mundo arrasado,  
sin orilla ni pez  
y un nocturno deseo de volver.

La vida del sueño, también la del ensueño lúcido, son para el Poeta un consuelo y una premonición del día en que soltará amarras y emprenderá viaje hacia las Islas Vivas, que Gonzalo Rojas, hubiera podido llamar, las Islas del Transver y Juan Ramón Jiménez, las del Clariver.

El día que volví a casa  
vinieron pocos a verme.  
Vino Ella, con su hueste,  
vestida de luto entero  
y la mortaja abrazada  
a la mano de tejer.  
Vino el amigo sincero  
bajo una sombrilla verde,  
y un anciano caballero vino,  
de lado el sombrero,  
a compungir un rincón.  
Vino también la Poesía  
-desnudada flor en flor-  
a sentarse en mi rodilla,

y se dejaba tocar.  
 Como era arduo el camino,  
 vino la Imaginación  
 con la diestra en son de paz  
 y en la izquierda un antifaz  
 con el rostro de mi madre  
 virgiliana, y me guio.  
 Vinieron, aunque embozados,  
 los remotos esenciales:  
 el Uno, el Dos, los Zorzales,  
 y el asomo de los Tres.  
 Entonces me contemplé  
 echado cuan largo fui,  
 y me dije: —¡Álzate y anda!,  
 anímate, resurrecto,  
 vamos a Troya otra vez  
 que ya el barco está en dársena  
 y nos espera el Transver.

Todo lo descrito en esta exposición no es ni fue, en modo alguno, un plan para la composición del poema, sino el resultado de la manipulación de la materia poética acumulada a través de múltiples reescrituras. En cierto sentido, el poema, si acaso llega a serlo, se fue escribiendo a sí mismo a partir de un conjunto de textos previos que pueden catalogarse como navegaciones en la obscuridad. Recién ahora comienzo a darme cuenta de hacia dónde enfilaban sus proas. Jung diría que la escritura y la composición de los versos fue un ejercicio que contribuyó al proceso de individuación del Autor. Tal vez tenga razón.

Además de las cuatro partes que conforman «Travesía», el libro contiene una sección titulada «Otros poemas», que

no es del todo ajena a las ideas ya expuestas, pero cuya lectura puede emprenderse de manera autónoma y aleatoria, sin necesidad de glosa alguna. Agradezco a Freddy Acevedo, generoso compañero de viaje, su aportación a la dignificación de mis versos, y a todos ustedes, su presencia.